

# ARTANA, EL PARAÍSO Y EL TIEMPO PERDIDO

JUAN LLIDÓ CATRET

*A mis padres*

*A todos los que...*

## PRÓLOGO

Evidentemente la narración no es la historia de Artana de aquellos años que aquí se evocan. Ni mucho menos. Pero de alguna manera es mi historia y la de muchos más. Más que historia de un colectivo se trataría de “historias”, a la manera de decir. Historias a pedazos, con estereotipos, historias incompletas, todas con mucha carga de subjetivismo, a veces apasionadas; pero que surgen de un estado en que la memoria, o lo que de ella queda, se asocia con la nostalgia, la melancolía y la necesidad que a veces se tiene de decir o contar algo antes de desaparecer. En este caso, algo que enaltezca a la Artana de aquellos tiempos y a sus personas.

La mayoría de personas no aparecerán con sus nombres en el relato. Que no os importe. La memoria es la que es. El tiempo transcurrido también. Y además, he tenido que residir fuera de Artana casi toda mi vida. ¡Va por todos; por todos los que...!

Mis disculpas a quienes les hubiera gustado leer en valenciano. Yo sí sé hablar y escribir valenciano. En aquellas fechas había en Artana un colectivo importante de personas castellanoparlantes. Algunos todavía están o pueden estar. He tenido siempre profundo respeto hacia las minorías. Minorías que a veces me han enseñado mucho. He considerado que de esta manera me entenderán los que hablan en castellano, en valenciano y quizás también los que sean foráneos y hablen otros idiomas.

“Porque de cada cosa la quintaesencia extraje,  
tú me diste tu barro y en oro lo troqué.”

Charles Baudelaire

¡Reloj! Dios espantoso, siniestro e impasible,  
cuyo dedo amenaza, diciéndonos: ¡Recuerda!  
Los vibrantes dolores en tu asustado pecho,  
Como una diana pronto se clavarán;

El placer vaporoso huirá hacia el horizonte  
como escapa una sílfide detrás del bastidor;  
arranca cada instante un trozo de delicia  
concedida a los hombres en su época mejor.

Tres mil seiscientas veces cada hora, el segundero  
susurra: ¡Acuérdate! -con voz vertiginosa  
de insecto, ahora dice: “Heme otra vez aquí,  
ya succione tu vida con mi trompa asquerosa”

¡Remember! ¡Esto memor! ¡Pródigo, acuérdate!  
(Mi garganta metálica toda lengua conoce)  
Ganga son los minutos, ¡oh alocado mortal!  
y no hay que abandonarlos sin extraer su oro.

Acuérdate: es el tiempo un tenaz jugador  
que sin trampas te vence en cada envite. Es ley,  
decrece el día, la noche se aproxima; ¡recuerda!  
es voraz el abismo, se vacía deprisa.

“Pronto sonará la hora en que el divino Azar,  
o la Augusta Virtud, tu aún intacta esposa,  
o el Arrepentimiento (¡oh esa posada última!),  
todo te dirá: ¡Es tarde! ¡Muere, viejo cobarde!”

El reloj. *Las flores del mal*. Charles Baudelaire

## ARTANA, EL PARAÍSO Y EL TIEMPO PERDIDO

“Me llevé a los labios una cucharada de te en el que había echado un trozo de magdalena”.

Esta frase induce una obra literaria de siete tomos en la que el protagonista, a partir de esa sensación olorosa-gustativa, rememora de forma sublime y encantadora un cúmulo de experiencias infantiles así como de su adolescencia y juventud que dan pie a una magistral y bellísima exposición de cuanto él vivió, recreándose de paso en descripciones y lucubraciones de tipo cultural que pasan por el arte en general, en especial por la arquitectura y la pintura; a la vez que nos diserta sobre botánica, filosofía, psicología...; en fin, una pléyade de vivencias recordadas que lo transportan allí, a ese entorno perdido que para él fue algo más que un lugar. Su autor, Marcel Proust. La obra, *En busca del tiempo perdido*. Esa obra es algo más que una novela. Es otra cosa. No están las Academias de la Lengua europeas muy de acuerdo en entroncarla en un género literario determinado. Es especial. Hasta cierto punto, es también una autobiografía del autor. El adulto que lee esa obra comparte sensaciones y emociones vividas por el autor o el protagonista. Mimetismo de vivencias a porfía, diría yo. El lector se impregna de ese romanticismo culto que el autor pretende transmitir al rememorar acontecimientos pasados.

Fue pues esa obra la que me sumergió, mientras la leía, en aquel mi tiempo perdido.

Antes de meterme en materia hay que explicar que también existe otra obra literaria que se titula *El paraíso perdido*; su autor es John Milton.

Viene al caso en lo que yo pretendo desarrollar el tener en cuenta ambos títulos, tanto el tiempo perdido de Proust como el paraíso perdido de Milton.

No es que perdiéramos el tiempo en nuestra juventud. No. En absoluto. El autor del tiempo perdido y yo, nosotros, lo que hacemos es retrotraernos a aquellos tiempos con esa nostalgia y melancolía de las que hablaba en el prólogo. Mis tiempos. Tiempos que fueron casi siempre maravillosos, a veces mágicos.

En cuanto a reminiscencias de paraísos perdidos, cuando John Milton escribe su obra, hace referencia a lo que perdieron Adán y Eva y consecuentemente toda la humanidad. Yo, nosotros, prescindiendo de la visión bíblica del asunto, también perdimos aquello; lo que fue nuestro paraíso.

Proust, menos influenciado por la religión, con una cultura vasta y liberal nos habla de sensualidad, de dudas trascendentes aunque no en demasía, de amores de juventud, también de temas tabú de manera subliminal, como la homosexualidad. Nos ubica en un ambiente, como he dicho antes, romántico y culto. Nos habla de bailes de salón que son la excusa de otras cosas. Nos explica los veraneos a la usanza de aquellos sus tiempos. En fin, un largo etcétera. Todo ello enmascarado en una narración que destila cultura por doquier.

Milton, en su “paraíso perdido” empieza y termina con el personaje de Satanás.

No voy a celebrar a Milton, aunque su obra es grandiosa literariamente hablando. Voy a celebrar a Proust. Y lo voy a hacer porque nosotros, los humanos, somos así, como él lo retrata y lo relata, y no como Milton soñaba.

Nuestro tiempo perdido y nuestro paraíso perdido me transporta a la Artana de los años 50, 60 y 70. Me incita a considerar algunas de las vivencias, costumbres y personajes de entonces y de los hechos que fuimos protagonistas o simples espectadores.

Al paraíso terrenal del Antiguo Testamento, en el Génesis, lo sitúan los historiadores, antropólogos y demás personajes ilustres, entre los ríos Tigris y Éufrates. Allá por Caldea, Mesopotamia, el reino de Acad, Babilonia, ....

Nuestro paraíso, el de Artana de aquellos tiempos que disfrutamos, en pretérito, estaba situado también entre dos aprendices de río, la Rambla y el barranco de Castro. Ambos se juntan, como el Tigris y el Éufrates. En medio, entre la Rambla y Castro, nuestra Mesopotamia. Artana.

¿Qué tenía que envidiar ese nuestro paraíso al otro, al bíblico? Entre la rambla y el barranco se era muy feliz con muy poco. ¡Ya lo sé!, es el tópico que esgrimen todos los ya entrados en años. Ése es el parecer de los jóvenes de todas las generaciones. Bien, allá ellos, ya se harán mayores.

La Rambla solía llevar siempre algo de caudal, aún en verano. El Barranco también, hasta el punto de que había parajes donde niños y jóvenes podíamos tomar el baño en espacios moderadamente amplios con agua cristalina y circulante. Eran “els clochons”. Y si no queríamos ir “als clochons” parábamos en la “bassa de l’espart”. La bassa de l’espart desempeñó un papel crucial en aquellos tiempos. Era muy grande a nuestro modo de ver las cosas entonces. Permanecía llena todo el verano gracias al buen hacer del tío Carpio que altruistamente se encargaba de ir cambiando el agua. No. No había cloro. ¡Y quien pensaba en esas cosas!, ¡ni falta que hacía! Había otras balsas “de menor tradición balnearia” y que además ofrecían un perfil un tanto temerario. La balsa del Molí Dalt, el Cup, Benícola, la del Vicari, el temible Bassó del pinar... Pero más de uno no le hacía ascos al asunto y allá que se zambullían de manera un tanto osada e intrépida. Andando, en bicicleta; no importaba. La cita veraniega en estos lugares de baño era diaria. ¿Los bañadores? Los más “snobs” ya utilizaban “Meyba”; los demás, de cualquier tela que sirviera también para jugar al fútbol y cuantos más usos mejor. ¿Alguien se fijaba?

Además, algunas veces, bastantes, nos dejábamos caer por las piscinas Navarro en Eslida, donde más que bañarse se alternaba.

Así pues, teníamos ríos y estanques gratis y piscinas a módicos precios. ¿Alguien de Beverly Hills o de Palm Springs ha soñado algo igual o parecido?

En nuestro paraíso la serpiente no tentaba. Si te comías una manzana no ocurría nada. Era tal la huerta de Artana en variedad, cantidad y extensión que aunque no cogieras merienda igual merendabas. Frutas por donde pasabas, a babor y estribor si caminabas por el borde de una de las muchas acequias; todos los atracones de frutas que querías, a pesar de David y Clemente. ¿Os acordáis de estos dos guardas de la huerta? ¡Qué personajes! ¡Qué buen hacer! Tenían sus cosas. Como todo el mundo. Buena gente, ¡pardiez!

Hemos dicho acequias. Las había por doquier. Y con agua que se podía beber.

La huerta era importante. El presidente de la huerta era una autoridad reconocida que hasta tenía su cabida en el grupo de autoridades en las diversas procesiones. La agricultura tenía un elevado peso específico. Era el tío Barros el presidente por antonomasia de la huerta de esos tiempos.

La Cámara Agraria era otra institución con notoria influencia en cualquier estamento. También su presidente formaba en el grupo de autoridades de las procesiones. ¡Quien no se acuerda de Blas Álvaro (Blasito)!

Nuestros padres, aun siendo nosotros de una edad que de manera eufemística se alineaba con “los mocosos”, nos soltaban después de terminadas las clases en las escuelas. Libertad absoluta por calles, caminos y montañas. Unas veces por la huerta, otras al castillo o al “corralot de la costera”, unos días tocaba guerra con el barrio del Cristo, otros con el Plá o con la Foia, algún día a la mina del 800, a la ermita quizás... ¡yo qué sé! Era un salvaje no parar. Se buscaban caracoles y “rovellons” en edades casi de destete. La época dels “llidons” (almez en castellano) era de relato épico. Canutos (“plomalls”) para disparar los huesos dels llidons y entablar una especie de guerrillas con estrategias que llevaban a regañinas fingidas con el sexo contrario y que ellas sobrellevaban maquiavélicamente bien.

Largos paseos animaban los días festivos. En verano en la carretera, donde era raro que pasara algún vehículo. En invierno en la calle Mayor. Un ir y venir perpetuo, como el tormento de Sísifo, sin objetivo determinado, aunque a veces con miradas cómplices que quizás ilusionaban.

También el “leitmotiv” de Pascua era la carretera. Sí, ya sé que el objetivo era la merienda en Santa Cristina, pero donde “se cocía el tema” era a la vuelta al pueblo y por la carretera. Hay una novela contemporánea famosa que también ha sido llevada al cine que se intitula *La carretera* (*The road*), su autor Cormac McCarthy. Quien haya leído o visto la película sabrá de lo inquietante del argumento. A diferencia de esta carretera, la nuestra, la de Artana de entonces, era un espacio vital, crisol de inquietud romántica, bullicio festivo con algarabía divertida. Era lugar de encuentro y de desencuentros. Se podía tomar el pulso al pueblo observando las circunstancias de la carretera.

Se bailaba a expuertas y con frenesí en nuestra carretera. Las orquestas eran casi siempre locales. Músicos de Artana. Buenos músicos. Muy buenos. Y se les apreciaba. Nosotros conocimos orquestas locales con instrumentación y parafernalia de grandes conjuntos al estilo de la época. Había contrabajos clásicos, acordeón, los instrumentos de viento al completo, no faltaba teclado. Ya digo, grandes músicos, polifacéticos muchos de ellos y que nos deleitaban. La memoria me lleva a citar nombres de los que formaban los conjuntos locales y que unos pertenecerían a “Los cinco jotas” y otros a los “Excelsior”; José Panader, José Falgueras, José Bastero padre e hijo, José Nela, Juanito Rosa, Ramón de Claudia, Cafundo, Benjamín del Ordenari, el tío Miguel de Perrera, Valles, y quizás alguno más, no sé, pido perdón. El tío Miquel, mucho tiempo director de la banda municipal, llegó a tocar en orquestas por países nórdicos llegando a ser profesional. Y como él, estoy seguro de que si los otros lo hubieran intentado también podrían haber vivido de la música. Es posible que haya dejado personas que también merecían ser nominadas a esta especie de Oscar. También es posible que haya confundido y mezclado conjuntos y componentes. Ruego indulgencia. ¡Bravo por todos ellos! Lo más importante es que estoy convencido de que no tocaban en primera instancia en la carretera por motivos pecuniarios. Era vocación. Disfrutaban. Había pasión en su buen hacer.

Cuando no había baile en la carretera, lo había en “el Colorado” de Vicente Herrero, y si no, se montaba algo en el piso superior de lo que era la Cámara Agraria, que era amplio y diáfano. Y cuando no había nada de todo eso, ¡qué caramba!, siempre había un “pick-up” a mano para organizar un guateque en cualquier casa.

Se bailaba pues... de manera que para el género masculino era preferible “el agarrado”. Ya sabéis, con “las manos en tu cintura”. Pues eso; y sin propasarse. Ellas, mientras, apoyaban las

palmas de las manos sobre tu pecho, en actitud de ¡prevengan! (los que habéis hecho la mili ya sabéis lo que es eso). ¡Qué le vamos a hacer!, estaban en su derecho, se lo ponían a uno difícil, ¡qué caray!, ¡como tenía que ser!; ¿alguien se arrepiente?

Además de Adamo había estilos más frenéticos que a la gente joven de hoy le pueden sonar a bailes típicos de la estepa rusa o rituales pieles rojas de los Apalaches o del medio oeste americano: la Yenka, el Raskachov, el Quando... Bueno, el twist aún hoy puede “molar”.

He dicho Adamo porque sus melodías eran de las más propicias al “acercamiento”, pero conocimos monstruos de época de la talla de Simon & Garfunkel/ Charles Aznavour/ Antonio Machín/ Sandie Shaw/ Domenico Modugno/ Sylvie Vartan/ Rita Pavone/ Elvis Presley/ Tony Franciosa/ Janette/ Pekenikes/ Tom Jones/ Los Brincos/ Los Mustang/ Los Diablos/ Fórmula V/ Los Relámpagos/ Los Mismos/ Pink-Floid/ Pop-Tops/ The Shadows/ Los Sirex/ The Who/ Bee Gees/ Sex Pistols/ U2/ The Mamas and the Papas/ Alberto Cortez/ Dyango/ Karina/ José Guardiola/ Peret/Salomé/ Rocío Dúrcal/ Mari Trini/ Cecilia/ Camilo Sesto... aparte de otros que empezaron por aquellos tiempos y actualmente todavía dan algo de guerra, como Rolling Stones/ Miguel Ríos/ Víctor Manuel/ Ana Belén/ Duo Dinámico/ Raphael/ Julio Iglesias...; y el colmo es que vimos nacer a The Beatles. En fin, ¡cuánta nostalgia!, ¡qué bello! Es posible que mi manera de expresarme al enaltecer aquellas vivencias no sea más que un signo de decadencia personal, pero no me importa. Doy fe desde mi subjetivismo de que aquello fue sublime.

¡Hay veces que la música me arrastra como el mar!  
Rumbo a mi pálida estrella,  
bajo un techo de bruma o en éter vastísimo,  
me doy a la vela;

el aguerrido pecho, los inflados pulmones,  
cual se asombran las velas,  
escalo el lomo de las olas cambiantes  
que la noche esconde.

Siento dentro de mí los avatares  
de la desvencijada nao  
el viento bonacible, la tempestad convulsa,

sobre el piélago inmenso  
me acunan. Calma chicha otras veces, espejo  
de mi desesperanza.

La música. *Las flores del mal*. Charles Baudelaire

Ángel de beldad lleno, ¿sabes de las arrugas?  
¿y el miedo a envejecer, y ese odioso tormento  
de leer el secreto horror del sacrificio  
en ojos donde un día los nuestros abrevaron?  
Ángel de beldad lleno, ¿sabes de las arrugas?

Estrofa de Reversibilidad. *Las flores del mal*. Charles Baudelaire

Había en aquel paraíso dos cines en invierno y otro más en verano. Hasta la vecina Eslida tenía cine entonces. Actualmente ese fenómeno es inexplicable desde el punto de vista económico, aunque sí desde el sociológico. Paradojas. Con una economía pobre como aquella había cosas que la millonaria máquina actual no puede sostener. Con unas pocas pesetas teníamos película por la tarde en el “cine de dalt” y por la noche en el “cine de baix”, o viceversa. El de “dalt” o Artalia era de Casalta, de Tales. El de “baix” o cine La Paz, del Amplet. En el de arriba se encargaban de la maquinaria y proyección Miguel de Perrera el maestro, Juanito Tomasot y alguno más que no recuerdo, aunque creo que Pepe Cala también acudía a reforzar. Controlaban la taquilla el padre de Miguel, el tío Mateua, el propio Casalta (Paco, le llamaban) y algún que otro. No me acuerdo de los que ejercían las mismas labores en el cine de abajo.

El cine de verano se ubicaba en el patio de la Almazara. El acudir al cine de verano conllevaba la mayoría de las veces el ritual de comprar un helado de corte o un polo en el bar Herrero en el momento del “descanso”. ¡Qué gozada!

Había en los cines algarabía festiva. La diversión, al margen de la calidad de la película, estaba asegurada. Eran cines democráticos los de aquellos tiempos, casi anárquicos diría yo. Cada cual se sentaba donde le daba la real gana. Había pues anarquismo... pero dentro de un orden. Me explico. Había butacas reservadas para la autoridad civil y militar. ¿Y qué? ¿Acaso hoy no son iguales o superiores las prerrogativas del personal aforado?

Nosotros, los de “todo aquello”, fuimos testigos privilegiados del apogeo de grandes producciones cinematográficas, históricas diría, así como de directores míticos y actores sin parangón.

Puede que a alguien le resulte un tanto indigesto y pesado si me explayo en citar nombres de aquellos que nos deleitaron, pero no me resisto y quizás algún lector experimente sensaciones varias con la lista.

Presenciamos el pleno apogeo de Gregory Peck/ Marlen Dietrich/ Cary Cooper/ Greta Garbo/ Clark Gable/ Bette Davis/ Henry Fonda/ Marilyn Monroe/ Fred Astaire/ Ginger Rogers/ Marlon Brando/ Ava Gardner/ James Stewart/ Debora Kerr/ Humphrey Bogart/ Lauren Bacall/ Orson Welles/ Zsa Zsa Gabor/ Robert Taylor/ Katherine Hepburn/ Spencer Tracy/ Olivia de Havilland/ Errol Flynn/ Mauren O'Hara/ Montgomery Clift/ Grace Kelly/ Tony Curtis/ Audrey Hepburn/ Victor Mature/ Claudia Cardinale/ Peter Ustinov/ Doris Day/ Glenn Ford/ Elizabeth Taylor/ Peter Sellers/ Sofia Loren/ Dean Martin/ Gina Lollobrigida/ Omar Sharif/ Jane Fonda/ Walter Matthau/ Kim Novak/ Telly Savalas/ Julie Andrews/ Charlton Heston/ Brigitte Bardot/ Jack Lemmon/ Raquel Welch/ Lee Marvin/ Natalie Wood/ Rock Hudson/ Sylva Koscina/ Antony Quinn/ Elke Sommer/ Robert Mitchum/ Virna Lisi/ John Wayne/ Ursula Andress/ Richard Burton/ Peter O'Toole/ Sidney Poitier/ Jerry Lewis/ Paul Newman/ Steve McQuenn/ Alain Delon/ Kirk Douglas/ Charles Bronson/ Yul Brynner/ Sean Connery/ Clint Eastwood/ James Dean/...

Estaban en auge las grandes productoras de Hollywood : Columbia/ Universal/ Paramount/ Walt Disney/ 20<sup>th</sup> Century Fox/ Warner Bros Pictures/ Metro Goldwyn Mayer/...

Los directores de aquellos tiempos forman parte del cuadro de honor en la historia del cine: Orson Welles/ Alfred Hitchcock/ Stanley Kubrik/ Francis Ford Coppola/ Quentin Tarantino/ Buñuel/ Wilder/ Hawks/ Lang/ Cecil B. de Mille/...



Nos quedábamos boquiabiertos con las películas que forman parte de la antología del cine : *Sonrisas y lágrimas/ Doctor Zhivago/ El graduado/ Mary Poppins/ Dos hombres y un destino/ My Fair Lady/ Los diez mandamientos/ Ben-Hur/ El mago de Oz/ El Cid/ 55 días en Pekín/ La gata sobre el tejado de zinc/ Cabaret/ El profesor chiflado/ ¿Quién teme a Virginia Wolf?/ Grupo salvaje/ La huida/ La semilla del diablo/ Apocalypse Now/ El padrino/ Centauros del desierto/ La naranja mecánica/ Gigante/ Ciudadano Kane...*

El protocolo, en el cine de aquellos tiempos, exigía extasiarse con la exposición de “els quadrets” que se colgaban adjuntos al cartel anunciador de la película, y que representaban escenas significativas de la película.

En esa Mesopotamia en que vivimos -en pretérito simple- había liguillas de fútbol locales. Allí estaban el equipo de los Veteranos, el de los Gamberros, los de mi peña que no sé cómo nos llamábamos, y dos o tres equipos más. El torneo era reñido y propio de justas medievales veraniegas. Se vivían con verdadero entusiasmo aquellos partidos de fútbol entre locales, y levantaban pasiones. Se llenaba el campo, el Bovalar se llamaba entonces. ¡Cuántas veces sale a relucir todavía en las comidas con mis amigos aquel estúpido gol que yo marqué no sé si a Palanques o a Manolete en la final contra los Veteranos y que nos valió ganar el campeonato ese verano! Gol tan necio no vi otro en mi vida. Yo era un patoso jugando al fútbol y no distinguía un defensa de un árbitro. ¡Pero mira! Creo que a partir de aquella gesta todos los entrenadores de primera división, cuando salen a la rueda de prensa, dicen aquello de que “el fútbol es el fútbol y puede ocurrir de todo”. Unos filósofos... los entrenadores. En la segunda parte de aquel partido sacamos a jugar a Benjamín de Macareno, el cual, nada más salir al campo, por si acaso, preguntó que “hacia dónde chutaba”. Todo un ejemplo de responsabilidad.

El campo de fútbol más tarde pasó a llamarse Juan Montoliu en justo homenaje a Juanito “el Ceguet”. Era este hombre un icono en el fútbol de Artana a pesar de su minusvalía. No faltaba a ningún partido y llevaba control exhaustivo del fútbol local, provincial, regional, nacional e internacional. Además, presidía la mesa en la que se sellaban las quinielas en el bar de la Caja Rural. Él ponía los sellos y cambiaba el dinero sin problema alguno.

Había en nuestra Babilonia cuando eran las fiestas patronales ni más ni menos que plaza de toros portátil. ¡Ahí es nada! ¿Cuántos pueblos y de más peso específico que Artana tenía un coso taurino? Aquella plaza era especialmente bienvenida por mí y algunos de “mi pandilla”. Éramos estudiantes. Poco caudal pecuniario teníamos. Había que imaginar. Así que nos ofrecíamos a montar la plaza. Nos cogían por unas pesetas. Dinero negro. Sin seguro de accidentes. Sin seguridad social. ¡Pura aventura! Y cuando no era eso igual se trabajaba en verano limpiando capachos en la ICA (Industria Capachera Artanense) junto con Vicente Llonarda y Pepet de Emilio Álvaro, o donde fuera con tal de tener para tabaco. Cuántas toneladas de capachos limpiamos y cuánta filosofía despachamos al mismo tiempo con Pepet. Empezábamos a tener vicios. La plaza de toros portátil se montaba anexa al entonces grupo escolar Carmen Martín, en su versión primera, pues la parte nueva no existía; aquello era un descampado con alguna era por los alrededores. Llegó a ser asiduo dicho espectáculo taurino en los programas de fiestas patronales de San Juan. Era de por sí un espectáculo previo al taurino el observar tanta madera y hierro amontonado y que en dos o tres días lo transformábamos en un coso taurino. Igual ocurría al desmontar todo aquello. La plaza también se aprovechaba para algún que otro tipo de espectáculo sin relación con los toros.

Los años que había plaza de toros, a las reses que tenían que correr en la “entrá” se las dejaba en el ruedo a sus anchas, servía de corral y no había que traer los toros desde el “corral de la Villara” que era donde habitualmente estacionaban antes de ser traídos al pueblo para la

entrada y posterior exhibición cuando no había plaza. Aunque otras veces campaban por parajes de la Rambla. Entoces había “entrá” y “eixida”. La “eixida” se producía entrada ya la noche, por la parte de atrás del “corro” en dirección a la Foia de manera sigilosa, con silencio sepulcral por parte del vecindario que se asomaba lo más recatadamente posible a ver el tránsito de los animales, sin barreras, a paso lento y solo custodiados por el “manso”, el pastor y el tío José Garrofa. Bajaban hasta “el Coco”, allí torcían y salían a la carretera hasta el citado corral o donde fuere. Todavía no venían hacinados en camión. Los toros se movían de pueblo en pueblo por su propio pie.

La exhibición de los mismos por la tarde supongo que no habrá variado mucho. Pero sí; sí que ha variado. Ya no está Rovell de Vilavella con su dulzaina y su ayudante tamborilero para amenizar la exhibición. Hay que ser justos y admitir que casi no se entendía el espectáculo sin ellos. Eran tan importantes como las reses.

Me entusiasmo al recordar el espectáculo que ofrecía el tío Borretes acariciando reposada y serenamente en medio de la exhibición a aquel toro que “era su amigo y que obedecía al nombre de Pesetero”. También un toro le mató. Quizás también ese toro era amigo y tropezó con él.



*Plaza de toros portátil en fiestas patronales de Artana. La foto debe ser sobre los años 1964-65*

A finales de octubre, en aquellos tiempos ya hacía bastante frío, con ocasión de las fiestas de la Foia se hacían espectáculos de variedades en la plaça Nova. Poníamos la silla a media tarde, y por la noche, a la hora de la función, la vendíamos por un cigarro. Sí, es verdad. Doy fe de que Vicente Llonarda y yo lo hacíamos; y alguno más. El último cigarro que fumé en dichas circunstancias me lo cambió José Bastero hijo por la silla. ¡Qué caladas de humo de Bisonte!

Nos comprábamos Celtas y Peninsulares. Alguna vez, muy pocas y si ibas algo sobrado, Bisontes rubio. Escondíamos los paquetes el “els ribassos de la costera”. Si te encontraban tabaco en casa lo mínimo que te ocurría era la excomunión.

Además de Celtas cortos y Peninsulares había Ideales con paquete azul o amarillo que diferenciaba la calidad. Los mayores que compraban Ideales se proveían también de papel de fumar Smoking y solían cambiar de papel el envoltorio del cigarrillo. Aparte de que quienes compraban Ideales también los había que fumaban suelto de “petaca”. Los Celtas largos y con filtro ya vinieron algo después. Mucha gente empezó a desertar y pasarse a Ducados, al tabaco mentolado... en fin, la decadencia de la austeridad. Por cosas como estas pereció el Imperio Romano...

El estanco en aquellos tiempos estaba al lado casi del horno de Bastero. Para nosotros, con pocos años, el entrar allí suponía tener en la mente una excusa ante cualquier pregunta de tipo ético que surgiera, no de las hermanas estanqueras que actuaban siempre de la manera más profesional, sino de ¡vete tú a saber!



*La plaça Nova allá por los años 1959-60. De arriba abajo y de izqda. a dcha.: Vicente Llonarda, Juan de Sol, José Royeta, José Pallarés y José Garrofa*

Algunos de mis coetáneos fueron monaguillos de contrato indefinido. Profesionales, vamos. Otros lo fuimos “de calbot”, “chusqueros”. El caso es que siempre había monaguillos a mano, no faltaban. Habría que estudiar el tema en profundidad y analizar la etiología del fenómeno. Unos dicen que era devoción, otros que obligación... y otros que si puro estilo mercenario. Yo me encontraba entre estos últimos. El caso es que los párrocos eran bastante generosos con los monaguillos y sólo por sacar el candelabro en el momento de la consagración, al finalizar la misa, te daban alguna moneda. O sea, que había bastantes que emulábamos a Judas.

Entonces, *in illo tempore* ya que hablamos de religión, la mayoría de adolescentes acudíamos a los oficios religiosos. Sí que es verdad que había cierta vigilancia por parte de la familia y el entorno por saber si acudías o no. Pero no era un seguimiento agobiante. Era hasta cierto punto liberal. Si tu querías, te escabullías. La mayoría de las veces, unos por costumbre, otros por temor a la condenación eterna, alguno por devoción... se iba. Es verdad que los sermones de púlpito y las homilías en general, sobre todo en festividades de referencia, aterrorizaban. Sí, aquellas generaciones escuchamos sermones dantescos desde el púlpito que estaba en la crujía lateral del templo. ¡Dios! ¡Qué manso se salía!

Al margen de las amenazas de calefacción eterna que allí se prodigaban, había veces que valía la pena soportar aquellos sermones, porque en aquella Artana había un coro espectacular. Era numeroso, mixto y de buenas voces y mejor música. Era la gloria escucharlos. Aquellas misas solemnes ponían los pelos de punta y la piel de gallina. Interpretaban a las mil maravillas pasajes de la Gran Misa de Mozart, así como Réquiem de Verdi y también de Mozart, unos Kyrie y Gloria así como pasajes del Mesías de Haendel o un Te Deum fuera de Berlioz o de quien fuera que te sumían en ascetismo mitad religioso y mitad profano. Es posible que yo fuera todavía lo que se llama un rapaz, pero aquella música y coros me transponía y extasiaba. Esas misas estaban instrumentadas de manera perfecta para las posibilidades de Artana. Aparte de todo ello, en las misas más comunes nunca faltaba el sonido del armonio tocado por Vicent el Cartero. Magnífica constancia la de este hombre.

En lo que atañe a los curas que tuvimos, creo que no estuvieron mal. Yo empecé por mosén Juan Ramón. Era de Xilxes. Hay una novela del inglés Chesterton que se titula *El candor del padre Brown*. A este personaje comparo yo a mosén Juan Ramón. Hombre de buen hacer, con mucha personalidad a la vez que bastante liberal en sus concepciones y con mucha tolerancia, presto siempre a ayudar, con gran dignidad y hombría. Con él hice mi primera comunión.

Creo que vino a continuación mosén José. El hombre era algo introvertido. Me pareció tímido. Muy sencillo. Siempre usaba sandalias, en verano como en invierno. Alguien llegó a bautizarle como “mosén Sandalia”. ¡Qué le vamos a hacer! El hombre tenía alergia a los “mini shorts” que empezaban a formar parte del atuendo de las chicas. Llegó a hacer largas peroratas y catilinarias desde el púlpito contra esas “insanas costumbres” que atentaban al recato al uso en aquellos tiempos. Buena persona. Y me divertía.

El párroco que a continuación vino mi memoria lo circunscribe en mosén Serafín, Sorribes de apellido creo. ¡Qué decir! Pues eso, un buenazo. También hay una obra literaria que se le acomodaría a la perfección. Se titula *San Manuel Bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno.

El que vino a continuación y el último párroco que yo traté fue mosén Antonio. Tenía un fenotipo serio y circunspecto. Yo hablaba con él alguna vez sobre temas de lo más superficiales e intrascendentes. Yo ya había terminado mi carrera. Las frustraciones y vivencias en determinadas etapas de la vida contribuyen a configurar la personalidad de los individuos y determinan sus derroteros. Al hombre se le veía un alma en pena. Creo que sufría. Todo son apreciaciones mías. Fue el último cura de lo que podíamos considerar “mis aquellos tiempos en Artana”; luego, mi vida ya transcurriría por otros “lands”.

Además, estaban los sacerdotes nativos, que ejercían en otros lugares pero que cuando estaban en Artana por los motivos que fueren, ayudaban al párroco oficial. Algunos estaban jubilados, pero continuaban arrimando el hombro y hacían su papel. Mosén Benjamín, ¿recordáis?; se le apodaba “mosén Dólar”, no porque fuera rico, sino porque había ejercido en Estados Unidos. Campechano, dicharachero, y que jamás perdió el componente anglosajón en el habla, era muy difícil saber lo que decía en sus homilías, pero no importaba, todos preferían

las homilías de mosén Benjamín y las del “Canonge” porque eran muy cortas. Buena gente, mosén Benjamín. A mosén José María el “Canonge”, sea por su mucha formación en teología o en derecho canónico o porque le esperaba el tío Roquet para su paseo diario, el caso es que también había que afinar el oído para saber qué decía, pero además se pasaba del *introito* al *ite misa est* en un santiamén. Si te entretenías mucho a santiguarte en la pila de la entrada no te valía la misa porque el “Canonge” ya había terminado. Volaba. Otro de los nativos que dejaron huella fue mosén Juan Ramón Herrero, famoso en la provincia y otras partes por su sapiencia en música y el coro que en Castellón dirigía, y sus dos hermanos también sacerdotes José y Enrique. Un referente para Artana siempre será mosén Juan LLidó, misionero en tierras africanas peligrosas, director posteriormente del seminario Mater Dei, y que cuando estaba en la Artana de aquellos tiempos tenía el don de saber arrastrar a la juventud a sus liberales terrenos. Siendo yo niño cantó Misa el Padre Enrique, que marchó a América Central enseguida. Alguna vez de las que esporádicamente regresaba de allí transmitía sosiego, tranquilidad, bondad. No sé si me dejó alguno de los sacerdotes de esos mis tiempos. Creo que no. Pero estaría yo perdonado porque estoy hablando de “mis tiempos”. No nos podemos dejar en el tintero al influyente “frare Menuda”. Como vemos, en la Artana de aquellos tiempos, además de vivir en el paraíso, teníamos “enchufe” en el Cielo.

Eran tiempos, al decir de José Luís Aranguren en su libro *Crisis del catolicismo*, de 1969, en que el patrón moral del buen comportamiento católico consistía en tener que ver lo menos posible con la sexualidad –distancia entre “la carne y el espíritu”–, con la política –distancia entre “lo espiritual y lo temporal” aunque, por supuesto, con “estado católico”– y, enfín, con las otras religiones, incluidas confesiones cristianas (protestantismo, ortodoxos...) –distancia entre la Verdad y el error.

Había que estar tres horas en ayuno para comulgar. Así que, bueno, ¡nos veremos todos allí, en el infierno!

Las misas eran en latín. Concilio de Trento en estado puro. El cura de espaldas a la feligresía. El oficiante decía una frase en latín y todos en latín le respondíamos. ¡Cultos que éramos! En misa hablábamos como Cicerón, Ovidio, Horacio, Julio César...; también como Claudio I y Calígula. Éramos políglotas. Hablábamos valenciano, castellano y latín. Aprendíamos oraciones enteras en castellano y en latín. Y no digamos los que estábamos estudiando en colegios de órdenes religiosas. ¡Oye!, pues, ¡magnífico! Quizás algo de eso haya contribuido a desarrollar el córtex cerebral y atemperar pasiones que domina el hipotálamo.

Por la puerta lateral de la iglesia eran frecuentes las subidas al “salonet”. Allí, de la mano de catequistas, se realizaban actividades varias para distraernos, así como alguna representación teatral.

¡Catequistas! ¿Quién no se acuerda de ellas para bien? Eran para nosotros personajes importantes y carismáticos. Tenían autoridad. Emanaba de ellas como en la transfiguración en el monte Tabor. Dejemos postulados y dogmas aparte, ¿nos enseñaron algo malo o perverso? Dolores de “les Pallareses” que a la vez que impartía catecismo cuidaba de su hermana Teresa que era ciega, Lola “Churra”, mi tía Asunción, María Ceba... nos dieron la licenciatura que nos habilitaba a vestirnos de marinero o princesa el día de la primera comunión. Gran día el de la primera comunión. Ilusión por vestir ese traje. Todo hay que decirlo. Mi traje casi no lo vio nadie. Llovió tanto ese día que me tuvieron que llevar a la iglesia en el coche de la ICA; a mí y a Paquita la hija del guardia civil González (el cuartel estaba enfrente de mi casa). Jamás vi llover tanto como ese día. El caso es que estaba yo esperando lucir el traje para la procesión del Corpus y ese día todavía llovió más. ¡Lástima de traje! Creo que a partir de ahí fue cuando decidí hacer “la mili” en la Marina, a manera de desquite.

Creo que eran siete los primeros viernes de mes que había que completar de manera seguida. Dolores la Pallaresa llevaba la contabilidad de cada cual y al final se te daba una estampa de tamaño más que natural.

La solemnidad, suntuosidad y grandiosidad de la fiesta y procesión del Cristo se ha mantenido incólume, indeleble. Ese día de la procesión, ahora no lo sé, pero entonces hasta el más ateo creía. La noche de la “pujã” era una tradición el que los mozos con “mili” cumplida reciente acompañaran la efigie del Cristo. Yo no tuve el honor. El mismo día que me licenciaron, por la noche estaba ya trabajando bastante lejos de Artana. No podía acudir tampoco ese día de la procesión. En cierta forma fue una decepción. Confieso que me hubiera gustado. Era un bello espectáculo además de acontecimiento religioso. En la procesión del Cristo se percibía el clamor del silencio de gente compungida y contrita, circunstancia evocadora del evento. Expectación máxima desde que pasaba el candelabro inicial, seguido desde tiempos inmemoriales por mi amigo Ximet o su padre anteriormente, hasta que pasaba el último músico seguido de Pepe (José García Ortigosa). La respiración se contenía al paso de la imagen. En ese ínterin hasta el Vaticano aprendía. Un buen castillo de fuegos artificiales el final merecía.



*Procesión del Cristo allá por el año 1970. De izqda. a dcha.: José Escaleta, Blay de Masó, Juan Tomasot, Juan de Sol, José Garrofa y José Blayo*

Continúa la tradición de ir acompañada la festividad religiosa del Cristo con la exhibición del popular toro. Hay que poner las cosas en su sitio. La festividad del Cristo no sería lo que es sin el toro.

Un año, no recuerdo cuál, pero debía de ser de 1964 a 1967, ¿os acordáis?, ¡cómo no!, hubo un inmenso luto en un aciago día del toro del Cristo. Aquel accidente de tráfico fue demasiado para que un pueblo como Artana lo enajenara de manera normal. Pepe Perrera, Avelino,



Eduardo y Juan. Todavía se nublan los ojos al recordar aquéllo. Cuando Pepe terminó la mili en Valencia me trajo un gorro militar para mí; yo tendría cinco o seis años. Entonces no daban el uniforme al licenciarse, pero él se las apañó para traerme un gorro. Aquel juguete-fetiché lo exhibía yo con arrogancia. Jamás seréis olvidados.

Otro año, el día “dels Combregats de Sant Vicent” en esas fechas del Cristo, el tío Pallarés arrojó la boina desde lo alto del campanario cayendo enfrente del Palio en la procesión. El tío Pallarés estaba volteando las campanas. Murió allí arriba. Actualmente, mientras estoy escribiendo estas líneas, es José Juan de Carbonero el que lleva la “llista dels combregats”

También ocurrió otro año diferente que, al iniciar la subida de la calle del Cristo, donde la calle hace como un rincón había una casa que no recuerdo quien vivía. Cuando la imagen del Cristo estaba pasando por allí, en esa casa murió repentinamente una mujer, que creo que ya estaba enferma. Lo sé porque yo andaba cerca con el cirio de la procesión y oí un grito y una confirmación del asunto al momento.

Me haces daño, Señor. Quitá tu mano  
De encima. Déjame con mi vacío,  
Déjame. Para abismo, con el mío  
tengo bastante. Oh, Dios, si eres humano,

compadécete ya, quita esa mano  
de encima. No me sirve. Me da frío  
y miedo. Si eres Dios, yo soy tan mío  
como tú. Y a soberbio, yo te gano.

Déjame. ¡Si pudiese yo matarte,  
como haces tú, como haces tú! Nos coges  
con las dos manos, nos ahogas. Matas

no se sabe por qué. Quiero cortarte  
las manos. Esas manos que son trojes  
del hambre, y de los hombres que arrebatas.

Lástima. *Ancia*. Blás de Otero

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil mentira,  
podredumbre y cieno?

¡No sé, pero hay algo  
que explicar no puedo,  
que al par nos infunde  
repugnancia y duelo  
al dejar tan tristes,  
tan solos, los muertos!

*Rimas y Leyendas*. G. A. Bécquer

Había entonces mayor cantidad de fiestas populares y mi impresión es que de mayor tesitura. Además de San Juan se celebraba Santa Cristina por todo lo alto. Y el asunto no era baladí. Los festejos de Santa Cristina ocupaban toda una semana. Más adelante pasaron a llamarse “fiestas de la juventud” y entre las cuotas que aportábamos los jóvenes se sostenían. Entradas de toros, vaquillas, ferias, verbenas, romerías... ¡qué manera de disfrutar! Con mucho menos dinero que en tiempos contemporáneos todo salía.

En una de aquellas verbenas nocturnas que se organizaban en la carretera, no sé si con motivo de las fiestas de San Juan o de Santa Cristina, en pleno baile acudió el tío Roya con su “reva” (bulldog) a derruir el abrevadero. Eran más de las doce de la noche. La orquesta tocaba a no más de veinticinco metros del abrevadero. No hubo piedad ni “tutía”. Las órdenes se cumplían. Aunque nunca sabremos si la requisitoria era para que se cumpliera a esa hora o a discreción. Embestida tras embestida y a ritmo de “mambó” alternado de “pasodoble” el abrevadero quedó esa noche para la posteridad solo en la memoria de cuantos lo conocimos. Fue una lástima. Otro tanto le ocurriría al otro abrevadero del otro extremo del pueblo. ¡Qué no decir de aquellos fantásticos lavaderos públicos que Artana tenía! Todo desapareció. Hoy, todo cabría. Perdimos mucho. Casi todo fue bello entonces, pero algunas cosas hoy no se harían. No pretendo hacer la menor crítica. Decía Ortega y Gasset que el hombre es él y su circunstancia.

A los lavaderos se acudía porque siempre había agua corriente y limpia en aquellos inmensos estanques. Los lavaderos, además, eran lugar de cita común de los niños. “¿A on ens veiem? ¡En els llavadors!”. La explanada que formaba la entrada y algo del interior de los lavaderos estaba a veces repleta de garrafas. Allí tenía la base el tío Ximet para después de llenarlas con la ayuda de Pepe García, con su camión distribuir el agua de Artana por Valencia y poblaciones de alrededor.

Si era cuestión de lavar la ropa había donde elegir. Nuestras acequias eran múltiples y caudalosas. El agua corría por todas partes. No teníamos nada que envidiar a los califas de la Alhambra de Granada.

¿Gamberradas? Claro que las había. La peña de los Gamberros llevaba el nombre pero creo que eran otros los que peores las hacían. Los Gamberros, más que gamberros eran simpáticos y caían bien. Había otra peña que se llamaban “Els Pelegrins”, esos eran bastante más sensatos y en edad de serlo, de los que “no movien ni pols ni remolí”. Los de mi peña nos pasamos en alguna ocasión, casi siempre con alguna sobredosis de alcohol. Después la dormíamos en una “pallisa”. Todos los de aquellos tiempos saben lo que era una “pallisa”. Allí se acumulaba la paja de la cosecha de trigo. Las puertas solían permanecer abiertas. Al lado había una “era” para trillar las espigas. ¡Ya lo creo! Conocimos todo el proceso que va de la espiga al pan. Se segaba y se llevaba a las eras, y allí, a una caballeriza, un “matxo o una “haca”, se amarraba un trillo en forma de plancha de madera, se esparcían las espigas y se hacía dar vueltas al animal alrededor de la era; después se aventaba el producto y se separaba el trigo de la paja. Luego apareció la trilladora mecánica y las eras empezaron a decaer. El trigo se llevaba al “molí dalt”, el que yo conocí, de donde ya salía la harina. Se producía en Artana una cantidad de trigo nada despreciable. Así pues, la paja sobrante se almacenaba en “les pallises” y allí solíamos terminar los de mi pandilla tras alguna agitada bacanal nocturna.

Desde aquí quiero rendir homenaje a cuantos nos soportaron. Desde alcaldes, pasando por “El Blanco”, Miguel el alguacil, los dueños de aquellos bares de entonces (La Casota, Bar del Chato en “el cantó de les Molineres”. Y el Túnel que también era del Chato, ...); a algún que otro vecino que amanecía con la cortina quemada... ¡yo qué sé!



Cuando “un lldoner” era difícil de trepar, si el diámetro no era muy grande no dudábamos en cortar por lo sano.

Con una gran red de camuflaje de piezas de artillería que se guardaba desde la pasada guerra en el último piso de casa mis tíos José (el médico de Onda) y Lola, íbamos a cazar gatos por las noches. Me las apañaba para sacar la red y devolverla a su sitio. Se nos unían gentes de otras pandillas y algún que otro “lobo solitario”, y quizás también “estepario” al estilo Hermann Hesse, como era el caso de Reyes Nuño Ramírez. Siempre se las apañó Reyes conviviendo entre unas pandillas y otras y yendo a la suya. En una de esas cacerías a Reyes le mordió un gato el dedo índice de la mano derecha y llevó colgado el gato con la mordida más de un minuto. El bicho estaba a gusto, no se quería soltar. Todavía sale a relucir este episodio cuando nos juntamos los amigos.

No sé con cuantos nombres hemos escrito la historia de aquella mi pandilla. En un principio era simplemente la peña de Vicente Llonarda. Él era el jefe. Después se unió parte de la pandilla de Vicente el Roig, que era otro jefe tribal de entonces. Casi a la vez vinieron otros de uno o dos años menos de edad y otros de un par de años más mayores. Se diría que “iban sueltos por ahí”. Aquello había que arreglarlo. Ya teníamos sentido corporativo. Me acuerdo de que un día hubo un cónclave y quedó aquello más o menos pergeñado. Éramos veinte o veintidós. Hacíamos competencia a los Gamberros en número de tropa. En uno de esos esnobismos nos autobautizamos como “Los Sputniks”; todo ello porque le compramos al tío Benjamín de “CADERNERA” un “pick-up” y entre los discos que teníamos había un vinilo de un conjunto de moda que se llamaban los Sputniks y parece que aquel nombre nos seducía. El pick-up se lo pagábamos a plazos al tío Benjamín. Creo que todavía no hemos terminado de pagarlo.

Debido al asunto de las cacerías de gatos se me ocurrió que podíamos cambiarnos el nombre de la peña. Se me aprobó la idea. Nos llamaríamos la SAEGAOM (Sociedad Anónima Exportadora de Gatos Al Otro Mundo).

Al poco tiempo tuvimos unas desavenencias en la peña por cuestiones más o menos baladís, pero para nosotros “causis belli”. Hubo unos meses de frialdad. Era como la Era Oscura dentro de la Edad Media. Al fin, poco a poco con motivos sutiles, nos volvimos a juntar. Continuamos como siempre, solo que había que rebautizar a la peña. Vicente Cantona propuso el nombre. Hubo unanimidad y casi aclamación. Todavía nos llamamos así y a ello hacemos alusión cuando nos juntamos. No voy a decir o escribir cómo nos llamamos. Daré pistas solamente. El nombre es sumamente escatológico para estar presente en un relato como este. No obstante, el nombre de marras se suele utilizar alguna vez en conversaciones y argot lingüístico. Probablemente habréis acertado.

La verdad es que de cara al público de Artana nunca tuvimos un nombre “esponsorizado” como con sana envidia se les quedó a los Gamberros. ¿Quién ha sido? ¡Ah...! ¡Esos!... la peña de Llonarda, “els estudiants”... y así hemos ido tirando.

Cohetes mal tirados, incursiones vandálico-sarracenas en Eslida, borracheras temerarias, cacerías extrañas a veces con armas y con pernoctaciones nocturnas a la intemperie que hubieran podido acabar muy mal...; en fin, todo aquello que imaginarse pueda y que tuvimos mucha suerte de que siempre acabara bien.

Todo esto no era propio solo de nuestra pandilla; digamos que era común a todo el entorno adolescente.

Nos heríamos, nos rompíamos una pierna, el brazo, cogíamos enfermedades... Como ahora, pero sin dar demasiada importancia al asunto. Nos aguantaron médicos como don Juan Caballero, don Miguel, don Julio, don Gonzalo, don Paco Baldó... También sería injusto hablando del personal sanitario el no citar a “La Dionisia” y además encumbrarla al máximo nivel; además de practicante (ATS) era comadrona. Nos lanzábamos flechas con arcos. Es verdad que las puntas eran romas pero así y todo llevaban suficiente energía cinética como para sacar un ojo. Otras veces he visto utilizar varillas de paraguas como flechas. Se lanzaban piedras enormes desde las murallas del castillo cuando había guerra entre barrios. Nos subíamos en las vagonetas de la mina del 800, vagonetas y vías que seguían allí de manera negligente y que un día hicieron que yo creyera de verdad en el ángel de la guarda. No me extenderé sobre el asunto pero rindo pleitesía y agradecimiento a Alfonso García que allí, siendo niños, nos salvó la vida a mí y a dos o tres más.



De izqda a dcha y de arriba abajo : José Blayo (Paleta), Blay de Masó, Pepe Roquet, José Nan, José Royeta, Juan de Sol, Vicente Llonarda y José Juan de Carbonero. Atrás sentado Benjamín de Macareno.

Me es imposible citar a todos los personajes célebres en el pueblo y que por una u otra razón eran referentes. Los había en cantidad, calidad y variedad. Unos eran “rodaors de bous” como Manolete, los hermanos Mañá, Peret, creo que Palanques también, así como que tengo referencias de que lo fueron anteriormente Vicente Ramón de Llonarda y Bastero padre. Aficionados y entendidos de toros también había unos cuantos, casi no recuerdo, pero de destacar y además porque estaba en todos los fregados taurinos locales ayudando a lo que fuera era el tío José Garrofa. Ya más contemporáneamente su hijo José Garrofa y Vicente Cantona eran los más doctos en el tema y conocidos míos.

Se celebraban carreras de caballos por Sant Antoni, que tenía gran celebración dicha festividad en el Plá. El hipódromo lo constituía la carretera y el mismo Plá hasta la fuente. La

meta estaba enfrente de lo que entonces era la taberna de Martino. Creo que casi siempre ganaban la carrera José Naves o Popi.

De referentes en el futbol había muchísimos. La gente jugaba bien. Unos más mayores, otros menos y algunos de mi edad. Los nombres irían mezclados sin atender a edades. Manolete/ Palanques/ Campos/ Ricardo Mañá/ Quirra/ José Llonarda/ Vicente Llonarda/ Tari/ Blay de Masó (Blasito)/ Cantona/ Zenón/ Cancio/ Benjamín Chesa/ Montoliu (Capella)/ Barber/ Miguel Gallart/ Floreta/ Miguel Peret/ Pere Aullós/ Aullós hijo/ Tobalo/ Enrique Plá Plá/ José Plá Plá/ Fernando Plá Plá/ Ramón Sorribes/ Pascual Herrero (Malincho)/ Miguel Ángel Herrero/ Pascual de Gorra/ José Francisco (Caraño)/ Vicente Herrero (Cartero)/ Filiberto/ Juan Herrero Carot/ Pere la Roja/ Vicente Ramón Curiola/ Balaguer/ Miguel Ángel el Holandés/ Benjamín de Cadenera/ Esteban Soriano (Turma)/ Juanito Pau/ Vicente Menuda/ Joaquín de Romana/... Sé que me dejo personajes que merecen ser citados. La razón te puede asistir siempre. No así la memoria.

Conocimos todos aquellos el beber agua fría de frigorífico sólo si tenías algún pariente cercano que fuera carnicero, lo que te permitía dejar el botijo en la cámara para que estuviera el agua fresca a la hora de la comida. En mi casa éramos unos afortunados; llevábamos el botijo a la carnicería del tío Pedro y la tía Pilar, en la carnicería de la Foia.

Tuvimos el placer y el honor de inaugurar el agua corriente en los domicilios particulares de Artana. Nuestros padres cavaron una zanja desde la mina del 800 hasta el depósito bajo el Calvario. Iban a “jornal de vila”, incluidos los domingos. Damos fe de aquella gesta.

Fuimos los últimos que vimos el pueblo con calles empedradas. Fuimos testigos del hormigonado en unos sitios y asfaltado en otros.

No había televisión y también tuvimos el privilegio de ver las primeras que se instalaron en el pueblo. En verano, en la calle l'Assagador, el tío Chorret por la noche abría las puertas de su casa de par en par y allí acudíamos en tropel un ejército de niños y mayores a ver la televisión. Era la radio lo que se escuchaba en las casas, con todas aquellas novelas habladas, los consejos de Elena Francis, las propagandas de los negritos del África Tropical que bebían Cola-Cao... Y aparecieron los radiotransistores de mano. También fuimos testigos de aquel fenómeno que fue revolucionario.

Si en Artana hablamos de radios y transistores, no podemos pasar página sin citar a “Chacola”. Era un fenómeno arreglando toda clase de aparatos de radio. Bueno, Chacola arreglaba otras cosas... Me explico. No puedo callarme la anécdota. Parece ser que era “el jefe” de la Vela Nocturna y un buen día ordenó la expulsión de Vicente Cantona y de José Juan de Carbonero porque habían roto de muy mala manera un cojín de la Iglesia. El caso es que los dos pobres diablos no habían sido, el destructor fue Benjamín de Macareno. En fin...

Se jugaba al “guá”, “als bufos”, “al churro media manga”, “al sambori”...

Muchas noches, después de cenar, nos concentrábamos una multitud de niños a la puerta de casa el tío José Racó, en el Plá. Implorábamos a su hija Maruja que intercediera para que su abuelo el tío Borretes nos soltara a Caruso. Caruso era un perro, pero no un perro cualquiera. Para nosotros era lo que Platero a Juan Ramón Jiménez. A Caruso le mostraba el tío Borretes unos cuernos de carnero y los mordía, los niños empezábamos a correr y Caruso nos perseguía. Los niños disfrutábamos. Creo que Caruso también.

En verano, ¡qué emoción!; estar tumbado en la cama o en el suelo a la hora de la siesta y oír ¡mantecado helado! ¡agua de limóóóón! ¡Un brindis por Figuro y su mujer! Otros referentes

de la época. Figuro igual cortaba el pelo que despachaba helados o vendía chupa-chups a la salida de misa los domingos. Habrá que recordar también al tío Chato que igual cortaba el pelo que servía unas cañas junto a Pascual de Cartero en el bar de verano “los Panchos” en la carretera. El tío Maniuèla era otro peluquero a tener en cuenta. En el bar los Panchos igual había una barra de bar que el autobús de la entonces Hispano Fuente En Segures.

Se salía “a la fresca” después de cenar. Se formaban tertulias vecinales. Mientras nuestros mayores debatían nosotros teníamos franco el camino a las últimas aventuras del día. Hasta la Guardia Civil salía a “la fresca” y departía con el vecindario. Doy fe de ello. El cuartel estaba enfrente de mi casa, como ya he dicho antes. El cabo Pavón, el guardia González, el primera Tarongí, Priego... ¡No eran malos!, ¡ninguno!, a veces había que hacerlo ver. En la plaza Nova, a veces, se descargaban toneladas de madera para la carpintería de Constantino. Mientras guardias civiles y vecinos charlaban, algunos hacíamos verdaderas obras arquitectónicas con aquellas maderas. Nos hacíamos reacios a los avisos de ir a dormir, y entonces algún padre le pedía a un guardia civil que nos metiera miedo a ver si hacíamos caso. Venía entonces el guardia González, desenfundaba el pistolón y todos a la cama. Eso sí que eran argumentos.

Había muchas personas que dormían en verano en las aceras, era el aire acondicionado de entonces. Las puertas abiertas toda la noche de par en par. Descuido absoluto. No pasaba nada. Quizás, también... es que no había demasiado que guardar.

Los jueves por la tarde “paseo escolar”. No había actividad docente. Los maestros y maestras nos llevaban al campo de fútbol unas veces, otras al “coto escolar” en el Brucaret donde el ambiente competía con el de *Las Bucólicas* del poeta Virgilio, sólo que en el Brucaret había escorpiones.

Muy pronto abandoné el Grupo Carmen Martín para irme fuera interno a estudiar, pero todavía sabría identificar las voces de doña Adoración, doña Delfina, don Tomás, don Domingo, doña Claudia, don Ramón, don Fernando... De algunos más recuerdo su efigie pero no sus nombres, aparte de don Miguel (de Perrera) porque es del pueblo y familia mía.

Los recuerdos, además de vivencias, traen olores y sabores. Marcel Proust recordaba el té y las magdalenas. Mi cerebro y mi paladar no se cansan de degustar la leche en polvo y el queso enlatado con que se nos completaba la alimentación en las escuelas. A veces, en tres o cuatro ocasiones al año, la leche la hacían merengada. Había un local *ex profeso* al final del patio de recreo donde se cocían estos menesteres. Siempre había alguien que hacía ascos a todo esto o simplemente prefería un bocadillo de chorizo de su casa. Tengo que decir que a mí me encantaba. Siempre me bebí con fruición aquella leche y me comí aquel queso. Aunque en alguna ocasión le llevaba el queso a mi padre, al cual le entusiasmaba.

Toda aquella parafernalia del queso y la leche, y algunas cosas más, eran fruto de un convenio con Estados Unidos. España no tenía Plan Marshall pero a cambio de otras cosas que no proceden en este relato, se nos daban estas ayudas. En el transcurrir de los años hubo gente, en España en general, que criticó con acervo todo esto. Bueno, a mí me aprovechó. Estuvo bien. Yo les mandaré actualmente una carta a los americanos dándoles las gracias y diciéndoles que aquellas generaciones de la leche y del queso ahora necesitan whisky, que nos lo vayan mandando y a ser posible del estado de Tennessee y brindaríamos a su salud.

Si me soltaran con los ojos cerrado en la parte antigua del grupo escolar sabría llegar a todas partes y saber dónde estaban los bolígrafos y cuartillas. Recuerdo incluso el lugar del calendario en la pared.

Se nos hacían fotos individuales con el guardapolvo puesto, la esfera mapamundi al lado, un mapa de España al fondo y un rictus con aplicación intensiva por nuestra parte.

Veíamos el edificio del grupo escolar allá lejos, extramuros. Y es que antes de ingresar allí había que hacer un periplo por diversas escuelas distribuidas por el pueblo. Yo recuerdo que las había encima de casa “Julio Bota”, otras por enfrente de casa “la Visca”, otras en el Plá por detrás de casa María Ceba, ....

Allá por los años en que transcurren estas historias, el género masculino acostumbraba a llevar pantalón corto, como aquel que dice, hasta casi hora de ir a “la mili”. Era una exageración. Igual en verano que en los crudos inviernos de entonces. Como los legionarios romanos de las películas o los espartanos. Igual. Creo que no notábamos el frío. También aquello contribuyó a curtirnos. Era un acontecimiento la primera vez que te compraban unos pantalones largos. Había que ir a casa de los abuelos a recibir la bendición. No te lo podías creer de la emoción que te embargaba. Ahora bien, se empezaba solo por un pantalón, no se renovaba todo el conjunto, así que un día ibas de corto y otro de largo. Pero no recuerdo muchos resfriados. Generalmente se empezaba con unos vaqueros y luego, a meses, se iba entrando en la “fashion nova men”.

Había, en aquellos años felices a veces por irresponsables, un sentimiento de permanencia al núcleo familiar un tanto ambivalente. Por un lado se sentía esa pertenencia propia a un apodo determinado a la vez que dentro del núcleo familiar se percibía seguridad en propia carne. Pero a la vez, el espíritu montaraz nos llevaba a desapego que a veces, piensas ahora, a toro pasado, pudiera haber sido un tanto cruel para quienes por nosotros velaban. No me voy a extender mucho. Solo voy a poner un ejemplo. Yo. Mis amigos. Y estoy por decir que todos y todas los que más o menos somos coetáneos, el día de Nochebuena no recuerdo haberla pasado nunca con mis padres desde que supe lo que era un clan de amigos, una pandilla. Ya no digo una Nochevieja. ¡Já! Eso, en mi caso, no sucedió hasta después de pasar por la vicaría y porque a los demás de la pandilla les debería suceder lo mismo. Pero que si llegan a llamar ahora, igual desertamos y nos volvemos a ir. Un tanto asilvestrados estábamos. Eso tiene una explicación. Se llama seguridad. Inconscientemente nos la traía al pairo el ser muy libres en determinados aspectos, nos sentíamos seguros y era suficiente. Nuestros padres también dormían seguros. ¡Déjalos, de Artana no saldrán! No teníamos carnet de conducir, no teníamos vehículos más allá de una bicicleta. ¿Dónde íbamos a ir? ¿A Eslida? ¿Y qué? ¿Quién pasaba por la carretera? ¿Qué tránsito había? Una noche de mucho alcohol dejamos “dormirla” a un amigo nuestro en medio de la carretera en el mes de diciembre a las dos de la madrugada en la misma curva de la trilladora y durante casi dos horas. Obviamente no voy a decir el nombre del que ese día resucitó. No pasó por esa curva en esas dos horas nadie. O no lo sabemos. Nuestro amigo está vivo.

Hoy en día existen una cota más amplia de libertad, no cabe duda. Y la inmensa mayoría celebran en familia la Nochebuena y otros acontecimientos familiares. Pero se perciben espíritus atormentados. Lo que se ha ganado en libertad se ha perdido en seguridad. De manera que muchas personas de hoy viven con angustia. La libertad les ha traído sentimiento de desprotección. Rogaría que nadie le busque los tres pies al gato respecto a lo que estoy diciendo. Existen estudios varios al respecto que me avalan. Pero no es este el momento ni el lugar.

Ese día de Nochebuena, “el grupo salvaje” iba primero al cine, luego cenaban en “el pati” de alguno de ellos, o en algún bar que nos soportaba; se regaba todo con abundante alcohol de la

calidad que nos podíamos permitir y después, según íbamos progresando en edad se iba de gamberrada y luego a “les pallises” a dormirla, y ya posteriormente organizando algún guateque de los de entonces.

Y al día siguiente, reunión a las doce en las mesas de la calle del bar Artalia a comentar el asunto, si es que nos acordábamos de lo que hicimos.

Lo daré todo por bueno. Seguro que con la aquiescencia de cuantos me leen.



*En la plaça Nova sobre 1967, de arriba abajo y de izquierda a derecha: Blai de Masó, José Blayo (Paleta), José Pallarés, Juan de Sol, José Nan, Vicente Llonarda, Ximet, José Juan de Carbonero y José Garrofa*

En el pueblo se hablaba valenciano, claro; siempre ha sido así. Pero había familias, personas, que hablaban castellano. Se habían establecido en Artana por motivos diversos. Las minas, la

guerra... Llegaron pronto a entender el valenciano. El hablarlo les costó más. Naturalmente. La generación que les siguió ya hablaba en valenciano. Yo creo que la mayoría aprendimos algo de esas personas. Cada cual tenemos quizás el nombre de alguno de ellos o ellas en la memoria y allí permanece indeleble. También de alguna manera fueron personas referentes de esa época. En mi caso lo fue Víctor Blocona de Miguel. ¿Quién lo ha olvidado? Secretario de la Cámara Agraria. Le gustaba departir conmigo. Buena persona tu padre, Margarita.

¿Os acordáis de aquel fenómeno denominado “la ralla” (la ratlla)? ¿Fue aquella costumbre un trance simpático o infame? Según a cada cual, ¿verdad? Esta historia de “la ratlla d’Artana” ha sido evocada recientemente en una revista que edita anualmente la CEVA (Colectivo de Escritores/as Valencianos/as Anónimos/as). El autor es un médico amigo mío, Francisco Chiva Nebot, el cual recoge información de todo cuanto se le ocurre en relación con costumbres, anécdotas, historias, etc., de la provincia de Castellón. Pues bien, en el mismo número que se titula *Tobenario*/2018 aparece un artículo sobre la “ralla de Artana”. El artículo no es extenso; es más bien parco en información, debido a que cuantos artanenses fueron entrevistados por mi amigo estuvieron reacios a seguir profundizando en el tema. Efectivamente. Aquella “ralla” tuvo sus más y sus menos. Había casos en que el asunto, una vez consumado el hecho, con nocturnidad casi siempre, era aceptado simpáticamente. En otros casos la pintada obedecía a intereses espurios con tintes de represalia, venganza, revancha, o al menos broma de mal gusto, siendo así que alimentaba la ignominia, causaba estupor y era muchas veces calumniosa. Primero se disparaba y luego se preguntaba. Bueno. Aquello terminó. Creo yo, no lo sé ciertamente. Aquellos a los que “la ralla” les hizo celebrar algo bueno y motivo de alegría, pues muy bien; ojalá lo sigan celebrando.

Existía también otra costumbre poco edificante en esos tiempos arcanos. Consistía en que a aquellas personas que se casaban en segundas nupcias se les “obsequiaba” por la noche con “la esquellà”. La gente acudía frente a la casa del matrimonio, se montaba una hoguera y allí se percutían cacerolas o lo que viniera a las manos.

Bueno, la civilización, en estos aspectos ha ido notándose. Había cosas buenas y menos buenas. Como en todos los tiempos.

La noche de San Juan de entonces no tenía connotaciones mágicas como actualmente se pretende. En los días previos a cuanto aquella noche sucedía y la misma noche incluida, si hubiera que ponerle un adjetivo calificativo yo lo sustituiría por el sustantivo “afán”. Ya sé que la palabra dista mucho del encanto poético y casi metafísico que a dicha noche se le pretende. Me explico. Durante la semana previa a la hechicera y seductora noche, los niños-adolescentes nos pasábamos el tiempo libre acarreando cuantos materiales pudiéramos con el fin de erigir la hoguera más grande en competición con otros barrios. Los carros de transporte estaban hechos de cubiertas de ruedas de bicicleta, que atadas unas con otras formaban extensas superficies susceptibles de poner encima todo tipo de material combustible que se encontrara y acarrearlo tirando con cuerdas al estilo egipcio hasta el lugar donde se ubicaba la futura hoguera. Y se hacían decenas de viajes. Por las tardes y hasta horas prudenciales de la noche, en los días anteriores, se montaba guardia en las cercanías del cúmulo de trastos, siempre ojo avizor a las incursiones del barrio contrario y que no le prendieran fuego. Eran otras formas de guerra entre barrios. Tenía aquello su encanto. El día de “la cremà” acudía todo el barrio. No estaba en nuestro ánimo convocar a Belcebú, a quien creo que en esos tiempos no teníamos el gusto de conocer, ni provocar hechicerías, ni hacer peticiones o entregarnos a ritos paganos. Ni sabíamos lo que era el solsticio de verano. Nos daba igual. En “nuestro afán” habíamos sido felices. Había valido la pena. Éramos esencia pura de espíritu salvaje sin pretensión de buscarle los tres pies al gato.

La leche, en aquella Arcadia, no era embotellada. Se compraba a granel y recién ordeñada. ¿Quién no recuerda al tío Suquiana y su mujer? Sus vacas nos alimentaron y en mi caso sin contraer ninguna fiebre de Malta. No me acuerdo si había otras vaquerías en el pueblo.

No faltaba de nada. ¿Querías gaseosas o sifones?, te las fabricaba Torralba. Mucho antes de que viniera La Casera al pueblo él ya nos deleitaba.

Había un bar que servía para todo. La Casota. Y la paciencia de quien lo regentaba, el tío Vicent de Maniuèla y su mujer. Allí, además de aperitivos se despachaban los asuntos entre “colombaires” que a propósito tenían su panel en la pared, a la vez que los músicos dirimían sus temas, vodeviles de revistas en el escenario que allí había... Aquello era en Artana lo que el Ágora para los griegos en tiempos de la Hélade culta.

Había otro bar, o lo que fuera, era una especie de casa de todo el mundo. En el bar de Manolete en “la placeta de la Foia” se jugaba al fútbolín, se tomaba un vino, unos cacahuets, se merendaba, se hacían planes... o simplemente no se hacía nada, pero en ocasiones era necesario estar allí. ¡Manolete y su madre, la tía Vicenteta!

También había otros lugares en los que la gente, simplemente... estaba, especialmente si llovía. Daban conversación a “Pedrisco” en su taller, a Benjamín de Cadernera y a su discípulo Ángel en su otro taller que estaba entonces enfrente de donde está ahora, y a Vicente Vilara que también tenía el taller enfrente mismo del cuartel de la Guardia Civil. Eran los talleres también una especie de ágora donde se arreglaban además de los vehículos, los problemas del mundo.

Arriba mismo del taller de entonces que regentaba Benjamín de Cadernera vivía Maximiliano con su familia. ¡Maximiliano! Nombre de emperador. El hombre no tenía autoridad sobre Austria ni sobre Méjico. Quizás la tuvo sobre su casa, no lo sé. Se le conocía como “el llanterner”. Arreglaba paraguas, chismes varios... ¡qué se yo! No, no era emperador, pero tenía la misma dignidad dentro de su humildad.

Para ser un pueblo de no muchos habitantes y en una época económicamente no muy boyante, Artana, como en otras facetas, era vanguardista en el transporte. Había una densidad de camiones más que aceptable. José María Ibáñez, Benjamín del Ordenari, Joaquín Llidó (Ximet), Juanito l’Ordenari, Salvador de Povilo, José Roya, el camión de la ICA (el tío Germán era el chófer), los inolvidables camiones blancos de las minas contribuían a aumentar el parque, y hay que hacer justicia y citar al tío Enriquet como otro referente en este menester conduciendo transporte público. Sería impensable dar una conferencia sobre el Quijote y no citar a Sancho Panza. Si hemos citado a Enriquet hay que decir que Ramón el Cobrador jugó su papel en el asunto. Sería injusto dejarse en el tintero a un personaje como “Tablado” en el elenco de los cobradores de transporte público, y cómo no, aunque fueran de Eslida, a Bernabé y el Gallo, personajes ambos sin los que no se entenderían los ancestros del transporte público en esa zona. No sé si me dejo algún personaje más asociado al transporte en aquellos años; eso es lo que yo recuerdo.

Artana era la vanguardia. Si querías taxi había donde elegir. José María Ibáñez (Llonarda) ofrecía ese servicio con un fantástico coche Buick americano, y cuando él personalmente no estaba porque se dedicaba al transporte en camión como ya hemos dicho, el inefable Chacola era el conductor. Pepe Cala, además de fotógrafo y tendero también se dedicaba a estos menesteres, primero con un Seat 1400, luego con un Talbot, y no sé si tuvo alguno más. Benjamín de l’Ordenari era el otro taxista y no me acuerdo qué coche utilizaba.



Entre las profesiones, a resaltar en aquellos tiempos el alto número de panaderías existentes a la vez que hornos. Yo sólo me acordaba de dos o tres pero mis amigos completaron de buena fe el resto: Molló, Molinero, Rulla, Chesa, Pallarés, Les Pallareses, Vicente y José Panader, Bastero, el marido de doña Claudia de cuyo nombre no nos acordamos ni mis amigos ni yo, el marido de Elodia, que nos ocurre lo mismo... Parece que se comía bastante pan y derivados. Imprescindibles para aquellos tiempos. Parejo a los hornos de leña eran los profesionales leñadores; labor dura que además contribuía a que los montes estuvieran en perfectas condiciones de revista.

Sí, las minas. Nosotros, aquellos, también conocimos el trajín minero a plena producción. Veíamos desde el pueblo la frenética actividad de las siluetas blancas de los camiones en su continuo subir y bajar por la sierra, por la Umbría. Por la noche tocaba extasiarse con los enigmáticos y a veces inquietantes farolillos rojos en lontananza que despertaban algo más que curiosidad en los niños. Si alguien ha leído *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati asociará esos farolillos o lucecitas nocturnas de los mineros con algunos también enigmáticos que aparecen en el último capítulo de esta obra literaria. ¡Todo un espectáculo y quizás motivo de reflexiones, elucubraciones y determinaciones! Hay canciones que denominan “experiencia religiosa” a cualquier frivolidad. Experiencias, las nuestras, en contacto directo con todo aquello que aglutinaba naturaleza, medio ambiente, sociología no de libro, austeridad, disciplina, diversión, y los demás calificativos que vosotros fácilmente iréis añadiendo.

No sé si era devoción o superstición, lo dejaremos en el término medio. En aquel entonces era costumbre peregrinar tres años seguidos a la ermita de San Cristóbal de Alcora para estar protegido no ya de los accidentes de tráfico sino de cualquier desgracia de tipo traumatológico. Creo que el día señalado era el Lunes de Pascua. Yo era uno de los que sí fue. Se nos solía llevar cuando teníamos cuatro o cinco años. La experiencia fue cuanto menos bíblica en su versión neotestamentaria, diría yo. El caso es que emulé la infancia de Cristo y en uno de esos viajes me perdí en el templo de Alcora y anduve errante por ese pueblo teniendo esa edad; hasta que don Cristóbal, un secretario del ayuntamiento de Artana y que era de Alcora me encontró. El encargado de mi custodia en dicho viaje era mi abuelo José María. El disgusto que tuvo creo que no se le pasó nunca.

También nos tocó ser testigos de los últimos serenos. Recuerdo como tal al padre de Vicente Falaguera, no recuerdo su nombre. Era un hombre que nos cuidaba el pueblo por la noche, y con su caballería y el carro nos limpiaba el pueblo de día. El cuartel general lo tenía el sereno en una caseta adjunta al mercado de la plaça Nova. La caseta del sereno. Labor callada e importante a la vez que desagradecida la de aquel hombre. Era un hombre tranquilo, sosegado, de los que presientes sabiduría aunque no la adquirieran en los libros. Ni falta hace decir de su bonhomía. Después de él vino a ocupar su lugar el yerno, “Chacho”, figura sin la que tampoco se entiende aquella Artana. Fue sereno también “el Chato Pero”. Ya no sé si hubo más serenos, creo que no.

Sí, nosotros, que a la vez que nos deleitábamos con Torrebruno, Espinete y el Capitán Tan en aquella televisión, acudíamos a la plaça Nova porque habían llegado “les barques”. Era un conjunto ferial del mismo dueño. Las barquichuelas empujadas por braceros, “el balancé” automatizado, el “salón de tiro Turia”... y sobre todo Vicentín. Vicentín era otro lobo estepario, un niño hijo del dueño del “barquero”, personaje adelantado en el arte del sobrevivir para su edad, forjado por sus circunstancias y que cuando le interesaba tenía dotes ladinas para venir con nosotros, los de mi pandilla, como uno más, y que la pandilla de buena gana admitía. Eran tiempos y edades de aprender. Y él sabía.

“Los olores, las melodías, la música, nos sorprenden pasados muchos años”.

*El Club de los faltos de cariño.* Manuel Leguineche

“A partir de los años sesenta el frigorífico disolvió la cena familiar. Uno abría la nevera y tomaba un vaso de leche de pie, o se servía en un plato cualquier resto de comida y se iba a un rincón y se lo comía a solas viendo la televisión en silencio. La nevera ha sido la responsable de que la familia cristiana se haya destruido”.

*Comer y beber a mi manera.* Manuel Vicent

Este párrafo jocoso e hilarante de Manuel Vicent pudiera ser verdad en ambientes cosmopolitas y urbanos de aquellos tiempos. A nosotros, esas maneras tardarían bastante en alcanzarnos. Generalmente no perdíamos el norte de la cohesión familiar y si eso ocurría era por imperativos categóricos, que diría el filósofo Immanuel Kant. También eso tuvo su importancia en la manera de moldearnos, aunque quizás también seamos el resultado de una simple frase dirigida hacia nosotros en un momento crucial de la infancia.

No se puede pasar página de las circunstancias en que transcurrió todo aquello sin citar la importancia que tenía en Artana la industria del capacho. En definitiva éramos un pueblo quizás más industrial que agricultor, y así debería constar en los anales de la historia de Artana. Había personal de ambos sexos trabajando en la confección de los capachos. En almacenes, en casas o patios habilitados para ello... “La picaora”, “el coco”, un local en donde hoy es el taller Plá, otro local en lo que más tarde sería la casa de mis padres en la Foia, la planta baja de Caraño en la carretera, y seguro que me dejó alguno más. Emilio Álvaro, Vicent Ramón de Nela, Joaquín de Sol, Joaquín Vicent (Caraño), el tío José Royo y su hijo, mi abuelo Vicente Sol y su padre en período anterior, y alguno más, seguro también, formaban el núcleo directivo de la o las empresas, ya que, igual que las vimos independientes, posteriormente las vimos unidas en lo que constituyó la Industria Capachera Artanense (ICA), si bien creo que Joaquín Vicent continuó independiente. Todo aquello “movía” el pueblo y de qué manera. Daba trabajo a una cantidad importante de hombres y mujeres. En España no se podía hablar de capachos si no se citaba a Artana. Se compraban capachos de Artana en las alcazaras e industrias privadas de Andalucía, Cataluña, Aragón, parte de Castilla y por supuesto en todo lo que era entonces la Región Valenciana. Se importaban camiones de esparto desde Hellín y otros puntos de Albacete y Murcia para confeccionar los capachos. Se construyó una gran balsa de la que ya hemos hablado con el fin de bañar el esparto antes de procesarlo. Había maquinaria variada en “la picadora”. El esparto fue sustituido por la fibra de coco y hubo que traer maquinaria nueva y modificar el trato industrial. Más tarde llegó la fibra de polietileno y los capachos eran una mixtura entre fibra de coco y de plástico resistente. A todo hubo que adaptarse y se adaptaron, y lo más importante, apenas se perdieron puestos de trabajo. Sí me acuerdo de casi todos y también de algunas de ellas que trabajaban en la picadora y en el coco. Tengo miedo de dejarme nombres importantes, pero sería injusto no citar a María Carbonero. Era “el alma del coco”. Sin ella no se entendería todo aquello.

Ya los hay en Artana en la actualidad que preguntan: ¿y eso qué es?, ¿para qué sirve? Mira... con eso se sacaba el aceite de las olivas; todo empezaba así...; y se lo tenemos que explicar. Es verdad, a veces me comparo, os comparo, con “los últimos de Filipinas”. ¡Los molinos de

aceite! No se olvida. ¡Qué va! En especial a los que tuvimos uno en casa, o en la familia, que es lo mismo, pues todos contribuían de una manera u otra en tiempos de campaña. Había que procesar la aceituna. Eso sí que era un “procés”. Los capachos, la prensa, la fuerza a aplicar a la barra bien a mano o con caballería, las poleas dando vueltas, la piedra, las balsas...; todo un protocolo que todavía hoy incluso se huele si en ello piensas. No sé cuántos molinos privados había en Artana; así, a bote pronto, me veo en algunos de ellos, no sé si con pantalón corto o largo; el molino de mi abuelo José María Gargori, el del tío Serreta, el del tío Borretes, el de Enrique Malia... y no sé si tuve el placer de estar en algún otro más, pero a buen seguro que sí. Mi amigo Benjamín de Macareno me dijo que llegó a haber veintidós molinos.

Nosotros sabemos de los buenos tiempos del Capitán Trueno y Sigrid, del Jabato, del Guerrero del antifaz, de Roberto Alcázar y Pedrín, de Pumby. Supimos y aprendimos algo de la Segunda Guerra Mundial a base de leer tebeos de Hazañas bélicas. Carpanta, Rompetechos, Zipi y Zape, Doña Urraca, Mortadelo y Filemón, etc., eran como de casa. El caso es que no se compraban muchos tebeos. Se intercambiaban y así íbamos tirando hasta que todo el mundo se había leído todo de todo el mundo... y había que comprar algo entonces, claro. En mi caso intercambiaba tebeos con todos los chicos y chicas de la Foia, aunque con quienes dicho comercio fue mayor eran Vicente Llonarda y los hermanos José Juan y Pilarín de Pilareta o de Coloma. Yo creo que nos hizo bien el leer tanto tebeo.

He forzado mi memoria para intentar que a la par aparecieran en este opúsculo ellos y ellas. Considero que es normal que quizás se hayan visto ellos algo más. La razón es obvia. Es mi memoria. Y encima, la de entonces. Pero a pesar de llevar pantalones, cortos o largos, y haber esperado a que Los Bravos cantaran “los chicos con las chicas” y además se hiciera una película con el mismo título, a pesar de todo eso, no se me han olvidado los caracteres de ellas, ya no las de mi edad, sino de cuantas fueron coetáneas de mi madre, las que cuando veían a un pobre diablo con mocos por la calle preguntaban de quién éramos, aunque la mayoría lo sabían, y si nos veían con problemas acababan actuando como ángeles custodios. Porque entonces, seríamos de fulano o de zutana o mengana, pero para nosotros, en el pueblo todas eran tías. Nos sentíamos arropados porque sabíamos que ninguna nos iba a dejar en la estacada si teníamos una emergencia del tipo que fuera. Ellas se portaron tan bien que merecen algo más que el recuerdo. Yo no les puedo dedicar una calle pero sí rendir pleitesía. A todas ellas los ramos de flores ya no les sirven, pero sí en su memoria una bella poesía. Yo no soy poeta, la he tenido que buscar y copiar pero he visto que en nada desmerecía. Vaya pues, con amor, con infinita nostalgia, con...

De este modo marcháis, estoicas y sin quejas,  
atravesando el caos de urbes estremecidas,  
madres de alma sangrante, santas o cortesananas  
cuyos nombres un día todo el mundo citara.

Vosotras, que la gracia o la gloria un día fuisteis,  
¡no os reconoce nadie! Un borracho soez  
os ofrenda al pasar un amor irrisorio;  
brinca tras vuestros pasos un infame golfillo.

Hastizadas de vivir, oh revenidas sombras,  
medrosas, encorvadas, costeano los muros,

¡nadie os saluda nunca, insólitos destinos,  
desechos de lo humano dispuestos a la muerte!

Pero yo, que de lejos tiernamente os vigilo  
con inquieta mirada los vacilantes pasos  
lo mismo que si fuera vuestro padre; ¡oh milagro!,  
sin que os deis cuenta gusto de un placer clandestino

veo cómo se expanden vuestras pasiones jóvenes;  
sombrios o luminosos miro vuestros días idos;  
mi ampliado corazón goza los vicios vuestros,  
en mi alma refulgen vuestras virtudes todas.

¡Ruinas! ¡Familia mía! ¡Oh cerebros congéneres!  
¡Cada tarde os despido con un solemne adiós!  
¿Dónde andaréis mañana, Evas octogenarias,  
por la garra espantosa de Dios amenazadas?

Las viejecitas [ IV]. *Las flores del mal*. Charles Baudelaire

No me olvido de vosotras, sus hijas, las de mi tiempo, que no os tocaba actuar como madres o tías, pero lo hicisteis como amigas.

Iremos, yo, tus ojos y yo, mientras descansas,  
bajo los tersos párpados vacíos,  
a cazar puentes, puentes como liebres,  
por los campos del tiempo que vivimos

Pedro Salinas

Pero siempre me gustó aquel aforismo de Erasmo de Róterdam, que decía :  
“La amistad verdadera llega cuando el silencio entre dos parece ameno”.

En aquella carretera a la que tanto me he referido con anterioridad ahora habría que adornarla para que aquellos que no la conocieron tal como era, al menos se la imaginen. Apenas había casas desde “la trilladora” al pueblo propiamente dicho, pero esa entrada cuando venías de Eslida, si actualmente es magnífica, entonces también. Era una avenida de grandes árboles, eucaliptos, a derecha e izquierda, que hoy causarían admiración; árboles que daban sombra en verano a la vez que acompañaban y daban seguridad en invierno a cuantos por allí paseaban. Árboles de grandes troncos y altura imponente así como frondosos. Toda una estampa que tenía parangón con los pueblos de centro Europa. Toda la panorámica se repetía a la salida de Artana hacia la Plana. La misma belleza entraras al pueblo por donde entraras.



*Año desconocido. Probablemente entre 1945 y 1948. La carretera.*

También todos aquellos fuimos testigos del nacimiento del movimiento “hippy”, de corte libertario y pacifista que llegó a tener influencia en los derroteros que tomaría la guerra de Vietnam y haría temer una segunda Revolución Francesa a partir del Mayo del 68. Por aquí, en Artana, en España, llegaron ecos de todo aquello y de una manera menos tímida en las universidades y algo más tímida en los pueblos hubo contestación. En Francia terminó con todo aquello el general De Gaulle. Por aquí se fue disolviendo el fenómeno a base de Seat 600, bikinis, festivales, fútbol, etc. Digan lo que digan, como hoy, pero pudiendo mandar unos hoy y otros mañana. El caso es que entre unos cuantos hicimos que de vez en cuando hubiera un estreno de una revista hablada que se titulaba “La Vall d’Artana”. Unas veces se hacía en el salón de arriba de la Caja Rural, otras en la Cámara Agraria. La revista se editaba en ocasiones en versión escrita y de la manera que se podía. Los temas eran variopintos e irónicos con artículos más o menos desenfadados que algunos escribíamos. Casi pretendíamos imitar a los inspiradores de aquel mayo francés, al filósofo Marcuse, a los existencialistas Sartre, Camus, Simone de Beauvoir... Todo dentro de un orden, claro está; pero como queriendo decir que si no era Mayo era al menos “la repera”. ¡Cuánta inexperiencia!, ¡qué inútil arrogancia!, ¡cuánta pretenciosidad!, ¡qué bochorno y turbación actual!; la experiencia de los mayores nos daba sopa con hondos a todos aquellos que porque éramos estudiantes queríamos decir algo. Pero aquel tiempo nos enseñó cosas, algo aprendimos, que es de lo que se trata.

“Pero siempre entendemos demasiado tarde a los seres que más cerca están de nosotros, y cuando empezamos a aprender este difícil oficio de vivir ya tenemos que morirnos, y sobre todo ya han muerto aquellos en quien más habría importado aplicar nuestra sabiduría”.

¡Si nos llegan a decir que los teléfonos unos años más tarde se llevarían en los bolsillos! Ya no hablo de Internet. Pues sí, allí estaban María Racó y José María Cabañes siempre de guardia por si se recibía un telegrama o había que transportar una conferencia telefónica. ¡Telegramas!, ¡qué cosas! ¡Avisar con un teléfono pegado a la pared y con una manilla dando vueltas a la sucursal de telefónica del pueblo para que te pusieran con tal número! ¡Siempre alguien allí al pie del cuadro de hilos! Y además, la discreción que tendrían aquella pareja de buenos vecinos de no violar un secreto profesional que no habían jurado y que tácitamente se les presumía. ¡Y la de carreras que habrán realizado en relación con telegramas urgentes!

El cartero de mis tiempos era Vicente Herrero, que como hemos recordado anteriormente, también tocaba el armonio en las celebraciones litúrgicas que así lo requerían. Buen profesional. No necesitaba ver la calle ni el número en el sobre. Se aseguraba de que recibieras la carta.

En toda esa añoranza, además de los profesionales varios de los que he hablado, me van pasando a modo de “flash” caracteres de personas relacionados con otras profesiones en el pueblo y que de alguna manera fueron icónicos en esa época. Ahí veo a las carpinterías de Constantino, del que ya he hablado, de su hijo Carlos (Tirolè), de Olegario, de Fustero.... Hablando de carpintería surge la necesidad de citar la serrería que había y que regentaba Pascual de Cabot. Me pasa ahora por la memoria José “l’Esquilador” entre las profesiones en vía de extinción, a Juan Antonio Igualada “el Ferrer” lo veo todavía herrando caballerías. Cómo no citar a Pau al hablar de “sarieros”; que había más, pero en mi memoria trascendió él. Agradezco a quien mande de la memoria que me haya evocado el nombre de José Pansa (o Pança) padre, como sastre, además de otras connotaciones polifacéticas.

Al hablar de personajes polifacéticos es justo y necesario poner el pabellón muy alto con el nombre de Vicente Ramón Rico, Tarzán para todo el mundo. Además de para casi todo, era preciso alabar su mérito culinario en las paellas.

Como este relato es a golpe de circunstancia y a caprichos de la memoria, cada momento y cada día me vienen recuerdos inconexos con los que me han venido en días anteriores, pero ¡qué más da! El caso es que me viene ahora la señal desde la neurona que almacenaba las partidas de pelota valenciana en la calle Mayor. No sé cómo se llevará la cosa en la actualidad, pero en aquellos tiempos era espectáculo digno de Olimpiadas. Acudía muchísimo público. Las partidas eran brillantes y serias. Nada que envidiar a categorías profesionales. Había bastante gente en el pueblo que jugaba bien. Hay que citar a algunos, los que retienen mi cerebro: Palanques, Quirra, el Chato, y cómo no, otra vez Manolete.

La Guardia Civil abandonó el viejo cuartel que estaba enfrente de mi casa y aquel local con multitud de dependencias viejas sirvió para múltiples fines hasta que se derruyera. Uno de los usos que se le dio fue el de albergar la emisora local de radio. Sí, también teníamos emisora de

radio en Artana. A partir de cierta hora de la tarde se ponían a emitir. Allí, Pansa hijo, Machín, José Nela... se lo pasaban bien y los que les oíamos también. Bueno. No estuvo mal.

El desfile de personajes célebres y variopintos puede continuar. Tampoco se puede poner fin a estas páginas sin hablar de Juan Blasco (el Mesié-Monsieur, o Caragola). El Mesié, como el apodo indica gozaba del don de la ubicuidad. Se movía entre París, Almenara y Artana. No estaba nunca serio. Todo era alegre y bonito para él. Tenía un don de gentes extraordinario. Sus amigos se contaban por legiones. Era el corazón de cualquier tertulia. Y... era todo un Monsieur. Había otros insignes personajes que animaban tertulias allá donde pararan. “El Roig de Manyà” (Juan), Enrique Malia, Joan de Bollo (el dos veces agraciado con la lotería), Pasqual de Payaso... son los que en este momento mi memoria evoca. No puede faltar otro personaje tan célebre como los anteriores pero poco dado a tertulias, aunque con especiales dotes de observación y que a su manera había conseguido ser una especie de referente en arqueología y otros menesteres hermanados con ella; me refiero a Juanito Coloma, que vivía en el Plà, hermano de Regina, la cual vivía en Barcelona y venía por Artana en verano con Hermán, su marido y sus hijas.

Se ha comentado algo de “la mili” cuando se ha hablado de la procesión del Cristo. Es preciso hablar algo más. El servicio militar a unos les fue bien y a otros regular. Unos caían cerca y otros más lejos. Unos desarrollaban labores de servicios dentro del Ejército y otros de Armas. Los que caímos un tanto lejos, en algún momento hubiéramos deseado tener a mano al coronel Ricardo Montoliu. Tuvieron un verdadero aliado las gentes de Artana que hacían el servicio militar en Castellón. Creo que mucha gente le debe algo. Lo mismo les ocurría a los que estaban en el Ejército del Aire en Valencia. A esos les apadrinaba el teniente y posteriormente capitán y comandante Carlos Lagares, el marido de Conchita Felip. También sería injusto no citar al coronel Vega que tantos vínculos tuvo con personas de Artana. Supongo que todos aquellos que pasaron por esos cuarteles tendrán en sus mentes a estos tres ínclitos personajes. Me consta también que cuando le tocó hacer las prácticas en Marines a José Montoliu (Capella), era alférez de complemento, y que en la brevedad de su estancia en el centro de reclutas hizo lo que pudo, no ya por los que había de Artana en ese momento sino por todo el mundo en general. El que también fuera alférez de complemento José Ibáñez (Llonarda) probablemente no pudiera influir por casi nadie porque estaba destinado en Orense y pocos paisanos debieron aterrizar por allí, pero no cabe la menor duda que hubiera hecho lo que procedía. Los demás se repartieron por el resto de la península, otros fueron a África, algunos a Canarias, a otros más nos tocó en la Marina. Cumplimos con aquello y... también bastantes cosas aprendimos.

Cuando la huerta era aquella que se parecía al Paraíso era fácil encontrarte paseando por allí o también en la añorada carretera a personajes que de alguna forma estaban vinculados a la esencia de aquellos tiempos. Don José María “el Canonge” y Miguel de Roquet, Don José “el metge Sol” y Pasqualet de Malinchet, Don Felipe (catedrático de Matemáticas) y Asunción su mujer....

Tuvimos otro insigne matemático que creo que también fue catedrático, Juan Vilar, el hijo de la tía Roqueta. Persona encantadora y que amaba Artana, a la vez que muy trabajador.

Mientras pudo permanecer unido a Artana seguía recogiendo algarrobas o lo que se terciara. Mala suerte. También se lo llevó un accidente de carretera relativamente joven.

Los alcaldes de aquella época fueron Joaquín Vicent (Caraño) que fue el que más nos tuvo que soportar a los pandilleros de entonces; Manolo “Cañá” y Benjamín Villalba ya no tuvieron que intervenir en nuestras gamberradas, ya teníamos “sentido común”. Buena gente todos ellos y que creo que gozaron de la comprensión de la mayoría de los vecinos. Estaba de segundo alcalde y que también soportó nuestras tropelías Juan Ramón del Zurdo. El juez de paz que también tragó con nosotros fue Pasqualet de la Replaceta. Cuando le sustituyó Francico Roq ya habíamos sido reconvertidos al menos en elementos pasotillas que ya no armábamos “ni pols ni remolí”.

Por proximidad me toca citar a personajes como Nano, Ximet, Tomeu, José Racó, Vicente Sol, Joaquín de Sol, Juan de Sol, Enrique Cabedo, Pere la Roja, Canterero, y quizás algunos más, y que yo recuerdo porque los solía ver juntos. Me consta que Nano y Ximet se las apañaban a las mil maravillas para montar una juerga con los demás.



*Estos éramos y somos parte de aquella mi peña, pandilla o lo que fuere en alguno de los tiempos aquí relatados. En lo que era el mercado de la plaça Nova.*

Todo aquello, amigos y amigas de Artana, hizo que en aquellos tiempos pasáramos “el mejor verano”, que plagiando al periodista Pedro Simón en un artículo del periódico *El Mundo* en



fecha 9 de septiembre de 2019 escribió algo que tituló “El mejor verano de tu vida”. No sé si a ciencia cierta debió ser así para todos nosotros, pero si no el mejor, casi sí.

A esas generaciones de aquel tiempo también “todo aquello” nos curtió. En cierta forma nos dio una connotación en nuestro fenotipo que yo definiría adusta y austera, que sin reminiscencias bárbaras nos sirvió para muchas cosas. Como consecuencia, devenimos disciplinados sin ser hoscos. Creo que todavía sabríamos defendernos bien ante la adversidad, y probablemente, muchos de vosotros ya lo habéis tenido que demostrar. No somos proclives a ir pregonando por doquier el tópico aquél de que cualquier tiempo pasado fue mejor. ¡No! Valoramos el bienestar de hoy y aunque aquellos tiempos nos dejaran buen sabor de boca, haríamos lo posible para que no volvieran. Cualquier emperador de la Edad Media, califa o faraón jamás pudo saber lo deliciosa que está una cerveza fría en el mes de agosto.

“Un mal escritor es aquel que utiliza más palabras de las necesarias”.

Ezra Pound, poeta y ensayista

Creo pues que no estaría bien extenderme más para lograr lo que pretendía. Aunque creo haber demostrado que en aquel tiempo perdido, no perdimos el tiempo. La memoria y la nostalgia me lleva por todas las calles y rincones de la Artana de aquellos tiempos. Tengo en mi mente a casi todas las personas de aquel entonces, aunque no me acuerde de sus nombres. Es hasta cierto punto injusto el haber citado a los personajes más conspicuos del Paraíso de mi juventud sin haber citado a todas las personas del pueblo.

También es de justicia decir que aquellos con los que compartí cuanto he relatado son, Benjamín de Macareno/ Vicente Cantona/ Pepe Roquet/ Marcos Segarra/ Zenón Ordóñez/ Cancio Ordóñez/ José Nan/ Vicente Llonarda/ Juan José Esteve (Royeta)/ Joaquín Llidó (Ximet)/ Benjamín Chesa/ José Montoliu (Capella)/ José Blayo (Paleta)/ Blas Andrés (Blay de Masó)/ Juan Tomasot/ José Juan Carbonero/ José Garrofa/ José Pallarés/ Jaime Falagán/ Juan Antonio Tarongí/ José Miguel Ortega. Alguna vez venía con nosotros José Escaleta. Todos juntos caminábamos... pero sin ir en formación, más bien, pues, al estilo Pancho Villa.

Quizás, para ser más objetivo en mi propósito hubiera debido yo pedir ayuda a José Herrero (Baleso), otro personaje referente en Artana, que seguro que de buen grado me hubiera orientado y ayudado a dar más luz a este opúsculo. Pero entendí que lo que yo quería proyectar eran compartimentos de mi memoria, la mía, además de no ser excesivamente extenso, y por eso no le pedí consejo a José. Aunque sobre algún dato, a manera de complemento circunstancial, los amigos de mi pandilla me han ayudado.

“En el fondo del espejo me espía la vejez, y me atraparé. Y me atrapó. Con frecuencia me detengo, asombrada, ante esa cara increíble que me sirve de rostro”.

*La fuerza de las cosas.* Simone de Beauvoir

“Nunca hemos amado a aquellos que admirábamos. No se ama exactamente a aquellos a quienes uno pretende superar”.

*Pequeños tratados II.* Pascal Quignard

“¿Quién vio alguna vez vejez que no alabara los tiempos pasados y no condenara los presentes, cargando así al mundo y a las costumbres de los hombres con su miseria y su desgracia?”

*Ensayos*. Michel de Montaigne

“La vida del necio es ingrata, intranquila; toda ella se proyecta hacia el futuro”.

Séneca

Tenebrosa borrasca fue la flor de mi edad  
con la luz imprevista de unos soles brillantes  
y la lluvia y el rayo fueron tales estragos  
que el jardín ha perdido toda fruta en sazón.

He alcanzado a tocar el otoño del alma  
y requiero la pala, necesito el rastrillo  
para así rehacer el jardín anegado  
donde el agua cavó hoyos como sepulcros.

¿Y quién sabe si aquellas flores nuevas que sueño  
hallarán en la tierra, limpia como la playa,  
el sustento divino que va a darles vigor?

¡Oh dolor! Es el TIEMPO que devora la vida,  
y el oscuro enemigo que nos roe por dentro  
al sorber nuestra sangre crece y se hace más fuerte.

El enemigo. *Las flores del mal*. Charles Baudelaire







